

Discursos arqueológicos y la creación del tiempo universal en la prehistoria del desierto de Atacama, norte de Chile: reflexiones en torno a la construcción del pasado

Estefanía Vidal Montero¹

Resumen

El presente artículo explora los principios epistemológicos que históricamente han inspirado los discursos articulados en torno a la prehistoria del Norte Grande de Chile. A través de una revisión diacrónica de literatura clave en el desarrollo de la arqueología del desierto de Atacama, se presenta una serie de reflexiones que tienen como objetivo problematizar la relación entre narrativas sobre el pasado y los ritmos temporales en ellas contenidas. El argumento principal es que, pese a las transformaciones teóricas de la disciplina, la noción de temporalidad ha sido mínimamente alterada, contribuyendo a la construcción de discursos teleológicos que privilegian la construcción de grandes narrativas basadas en amplios marcos cronológicos, invisibilizando otras temporalidades que tienen el potencial de enriquecer interpretaciones e imaginar posibilidades sociopolíticas distintas, a la vez que fortalecer el ejercicio crítico de nuestra disciplina.

Palabras Clave: temporalidad, producción de conocimiento, desierto de Atacama, discursos arqueológicos

Abstract

This article explores the epistemological principles that have historically inspired discourses about the prehistory of northern Chile. Through a diachronic review of key literature in the development of the archeology of the Atacama desert, a series of reflections are presented that aim to problematize the relationship between narratives about the past and the temporal rhythms contained therein. The main argument is that, despite the theoretical transformations of the discipline, the notion of temporality has been minimally altered, contributing to the construction of teleological discourses that render invisible other temporalities that have the potential to enrich interpretations, while strengthening a critical exercise of our discipline.

Keywords: temporality, knowledge production, Atacama desert, archaeological discourses

La arqueología como praxis involucra no sólo excavar y producir conocimiento sobre el pasado y el presente a través del estudio de objetos materiales, sino también el acto de traducir la materialidad a discursos en contextos donde dicha discursividad está ausente o suprimida. Esto implica, en palabras de Gavin Lucas, “making discursive the nondiscursive”² (2004a:117). La introducción de la noción de prehistoria, como apunta el autor, fue radical en tanto supuso un quiebre con las ideas tradicionales sobre el pasado, abriendo nuevas posibilidades para la construcción de una autoridad

¹ Programa de Doctorado en Antropología, Universidad de Chicago. Correo electrónico: evidalmontero@uchicago.edu

² “hacer discursivo lo no discursivo” (traducción mía).

centrada en su estudio. En ese sentido, el examen de los discursos que la arqueología crea es un ejercicio fundamental para la comprensión crítica de la práctica y el proceso de construcción de conocimiento.

El objetivo del presente artículo es delinear los ritmos temporales contenidos en los discursos arqueológicos creados para la prehistoria del desierto de Atacama y, mediante ello, comprender de qué manera dichos discursos han generado una visión específica sobre el pasado prehispánico. Por ritmos temporales nos referimos a aquellos principios y presupuestos sobre los que descansan visiones y discursos particulares sobre la historia. Las preguntas que guían este ejercicio giran en torno a cómo se construyen estos discursos, cuáles son las lógicas que estructuran estas narrativas, cuáles con los marcos temporales en ellas contenidas, y qué tipo de giros epistemológicos pueden ser registrados a través de su lectura. El argumento principal de este trabajo es que, pese a que los marcos teóricos utilizados para estudiar el pasado de la región han variado —alineándose con los cambios propios de la antropología estadounidense— el tiempo histórico contenido en ellos ha sido mínimamente alterado. Conceptos como progreso, desarrollo tecnológico, evolución, adaptación, eficiencia, entre otros, siguen siendo ubicuos, contribuyendo a la construcción de discursos que limitan las posibilidades de concebir trayectorias históricas distintas, invisibilizando otras temporalidades que tienen el potencial de enriquecer nuestras aproximaciones al pasado. Siguen, por tanto, estando fuertemente influenciados por quienes han sido considerados como los fundadores de la disciplina, preocupados por introducir la temporalidad de la ciencia a la prehistoria y por resolver problemáticas universales a nivel local.

En esta línea, este trabajo no pretende ser una revisión exhaustiva de la historia de la arqueología del Norte Grande de Chile³. Está, por cierto, limitado a un grupo de trabajos que presentan síntesis regionales y/o que han articulado abiertamente una crítica a las formas de concebir la prehistoria regional, y que se han considerado dentro de la misma literatura como relevantes para entender el desarrollo de la arqueología en esta región. Este ejercicio se inspira en la noción de genealogía articulada por Michel Foucault (1978), que propone no una búsqueda de los orígenes de ciertas ideas sino el seguimiento del curso de su desarrollo o descendencia, la identificación de los momentos y contextos de su emergencia y las instancias de ruptura o desviación dentro de dichos cursos históricos.

La temporalidad de la arqueología como ciencia

Según el historiador Reinhart Koselleck (2004), el tiempo histórico puede ser diferenciado de lo que se reconoce como tiempo natural (el ciclo del día y la noche, por ejemplo) a través de la distinción entre pasado y futuro; lo que él llama el espacio de la experiencia y el horizonte de la expectativa. Está íntimamente ligado a acciones políticas y sociales con ritmos temporales peculiares y formas internalizadas de conducta, como los calendarios rituales o festivos, o las jornadas laborales que determinan la rutinización de la vida cotidiana. Las condiciones particulares que generaron la emergencia de este tiempo histórico están vinculadas directamente a la filosofía de la

3 Para revisiones sistemáticas de la historia de la disciplina en Chile ver, por ejemplo: Orellana 1960, 1996, 2012; Rivera 1991; Cornejo 1997; Troncoso *et al.* 2008.

Ilustración⁴, según la cual el tiempo no es simplemente un medio en el que la historia transcurre, sino que adquiere cualidad histórica. Es decir, la historia no ocurre **en** el tiempo, sino **a través** de él (Koselleck 2004:236). Se diferencia así de la cronología, que para Koselleck remite específicamente al ejercicio de datar, reduciendo una infinidad de formas de medir el tiempo a una escala temporal común basada en el tiempo astronómico de nuestro sistema planetario. La cronología, por su parte –sea esta absoluta o relativa– presenta al tiempo como uniforme y lineal, lo que supone un modelo de explicación histórica particular donde los fenómenos son necesariamente sucesivos (Lucas 2004b).

Siguiendo a Fabian (1983), la definición del objeto de estudio en la antropología –y la arqueología por extensión– implicó una separación entre la cultura propia y la de un otro, en donde el tiempo jugó un rol retórico clave. Este proceso se inició con la transformación del tiempo sagrado en tiempo secular como consecuencia del redescubrimiento de los tratados matemáticos y científicos de la antigüedad durante el Renacimiento, el encuentro con otras sociedades durante la era de exploración que siguió a la llegada de los colonizadores europeos a América y los avances tecnológicos promovidos por las expediciones científicas entre los siglos XVII y XIX. La literatura de viajes en particular se centró en la descripción de experiencias de auto-realización del ser humano en lugar de narrar historias de salvación espiritual, experiencias que fueron realizables justamente gracias a la posibilidad de moverse a otros lugares geográficos, provocando una espacialización del tiempo que eventualmente permitió pensar en otras épocas o eras, vistas como unidades discretas desenvolviéndose simultáneamente dentro de un orden universal.

Ambos fenómenos –el surgimiento de la historia universal y la secularización del tiempo– resultaron en una concepción de la historia con cualidades particularmente relevantes, provocando dos transformaciones: 1) el tiempo comenzó a ser considerado immanente y, por tanto, coextensivo, con el mundo; 2) las relaciones entre las distintas partes del mundo pasaron a ser entendidas como dimensiones temporales (Fabian 1983); en otras palabras, se produjo una geotemporalización del mundo. En consecuencia, por primera vez la historia se concibió como categoría abstracta y a disposición del ser humano. No es incidental que el naturalista sueco Carl Linnaeus publique su *Systema Naturae* en 1735, inaugurando así un sistema de clasificación de especies que contempló la inclusión de especímenes aún no descubiertos, muy acorde a la lógica que luego inspirará a los esquemas histórico-culturales en la arqueología. Diseñado para dar orden al caos, Linnaeus utilizó además el latín como idioma universal, posibilitando su uso indistintamente del lugar donde se aplicara, impulsando así las aspiraciones transnacionales de la empresa científica europea (Pratt 1992). La emergencia de la historia natural, como señala Foucault (1989), implicó una paradoja, dos movimientos epistemológicos y ontológicos en aparente contradicción: por un lado, supuso un acercamiento del ser humano al medio en el que se encuentra inserto –la naturaleza– dado que como especie está contenido en él y en consecuencia puede ser clasificado. Pero al mismo tiempo, significó un alejamiento radical de la naturaleza, concebida como un objeto a ser analizado y manipulado.

4 Koselleck rastrea la emergencia semántica del concepto de historia al período entre 1750 y 1850, cuando la palabra *Geschichte* absorbió el concepto utilizado para referirse a un recuento histórico, *Historie*. Desde entonces, dicho concepto pasó a significar tanto realidad como representación (Zammito 2004). Esta noción de historia en general implicó la abstracción de experiencias particulares y emerge en paralelo a otros conceptos como revolución, progreso, desarrollo (Koselleck 2004).

Por su parte, para Fabian (1983) lo que el uso de escalas temporales universales y la naturalización del tiempo provocaron fue un proceso de des-historización radical, que es finalmente el giro que permitió el desarrollo de uno de los logros epistemológicos más relevantes de la ciencia moderna: el método comparativo. Es este enfoque el que posibilitó el tratamiento análogo de las culturas humanas a través del tiempo y el espacio.

En este contexto, no es sorprendente que la arqueología como proyecto de construcción de conocimiento se haya materializado a consecuencia de estos procesos (Lucas 2004a, 2004b; Thomas 2004). La fractura temporal provocada por la modernidad –el quiebre con la tradición, o la idea de que nada fundamentalmente nuevo podría emerger con el paso del tiempo– permitió la concepción de un pasado distante sin conexión con la historia tradicional. La búsqueda de universales, el ejercicio de la razón y nociones de autonomía individual fundaron una nueva racionalidad que abrió el camino para imaginar una humanidad capaz de transformar sus propias condiciones de existencia. Es así como la idea de progreso, o el avance histórico de la civilización, trajo aparejada la transformación del marco temporal en el cual se concebía la experiencia humana, vista ahora como singular, uniforme y universal. Este flujo unidireccional se convirtió en el tiempo fundamental de la ciencia, incluyendo la antropología y la arqueología, encargadas de posicionar a cada cultura en un esquema histórico único. Pese a que el evolucionismo cultural revitalizado en la década de 1960 en la antropología norteamericana comúnmente se define como una reacción a la historia cultural Boasiana –y su aparente inhabilidad de explicar el cambio (Trigger 2006)– lo interesante es que ambas corrientes comparten estos preceptos universalistas. Si bien el tiempo tipológico puede presentar un pasado inmóvil –en contraposición al dinamismo enfatizado por el evolucionismo social– el método comparativo sigue siendo el elemento central de su epistemología.

El marco filosófico desde donde surge la arqueología estuvo además aparejado de un cambio ontológico, pues la noción de prehistoria no sólo involucró cronología sino además el cambio de foco hacia la cultura material como fuente principal de conocimiento. La materialidad como objeto de estudio permitió la construcción de una nueva figura cuya autoridad no se sostuvo en el estudio de fuentes escritas, generando una nueva forma de acceso al pasado remoto (Barrett 2004; Lucas 2004b). Como señala Julian Thomas (2004), en el contexto de la filosofía de la Ilustración, dentro de un universo cartesiano reducido a formas elementales y una lógica newtoniana en donde un conjunto de reglas se volvió aplicable a todos los fenómenos del universo, los objetos comenzaron a ser concebidos como entidades autónomas sin significado inherente. Su significado, por el contrario, se genera en la mente del/los sujeto(s) que se enfrentan al objeto. Junto a ello, este pasado adquirió además otra particularidad: al ser concebido como un tiempo distante sin clara conexión con la tradición oral, el tiempo de la arqueología emergió fundamentalmente como un tiempo antes de la escritura, separado de la oralidad o la memoria.

Dentro de este paradigma, la arqueología –ya separada del anticuarismo o exclusivamente centrada en búsqueda de la antigüedad del hombre– se ancló en una concepción del tiempo concebido como natural, progresivo y objetivo, entendiendo los cambios como lineales e irreversibles. Esta temporalidad es lo que Alfred Gell (1992) clásicamente definió como serie-B, referida a un sentido del tiempo donde los eventos son abstraídos de sus condiciones específicas, pudiendo ser consecuentemente generalizados. Esta se opone a otra serie temporal (serie-A) donde el tiempo es inmanente a la experiencia, en consecuencia, no está separado de la acción. En antropología, estos regímenes temporales han sido comúnmente separados entre el tiempo subjetivo de la conciencia, y un tiempo social que se impone a nivel cultural (Munn 1992). La arqueología se ha mantenido de

manera persistente en el espacio de esta serie-B, trabajando sobre una noción de tiempo abstracto y acumulativo. Parcialmente basado en la propuesta de Gell, Ingold (1993), por ejemplo, utiliza el concepto de temporalidad para crear un puente entre estas categorías opuestas, refiriéndose a la amalgama entre tiempo e historia, vinculándolo además a un espacio que con la temporalidad y la experiencia se convierten en paisaje. Posee, por tanto, ciclos que aluden a ritmos distintos que –como la música– son multidimensionales.

En línea con estas reflexiones sobre el tiempo, el antropólogo Michel-Rolph Trouillot (1995) ofrece un análisis que distingue entre los eventos de la historia y lo que se dice sobre aquellos eventos, es decir, cómo éstos son narrados. Ambos son aspectos fundamentales del pasado y cómo lo entendemos, pero esta ambigüedad, que reside en el centro del concepto de historia, escasamente ha sido teorizada. Es más, a medida que la historia se convirtió en disciplina, dos corrientes incompatibles emergieron, una ligada al positivismo y otra de corte constructivista, cuyo punto de coincidencia ha sido tratar esta ambigüedad como un detalle lingüístico. Según Trouillot, el positivismo tuvo y tiene un rol tremendamente potente en la filosofía de la historia, el cual ha permitido separar entre proceso histórico y conocimiento histórico. La profesionalización de la historia descansó parcialmente en esta distinción: mientras más distante el proceso histórico de su conocimiento, más fácil resulta adjudicarse objetividad o profesionalismo científico. El narrador de la historia, no obstante, ocupa simultáneamente la posición de agente y actor. Por lo tanto, lo que se transforma en discurso no es independiente de nuestra posición como sujetos de la historia. Para Trouillot las condiciones de producción de estas narrativas se vuelven indispensable para visibilizar una cuestión central dentro de la producción de discurso sobre el pasado: el hecho de que está saturada de silencios. Este artículo busca, por un lado, un acercamiento analítico en la producción de los discursos sobre el pasado prehispánico, y en segundo, despertar una reflexión acerca de cuáles son los potenciales procesos o fenómenos que son silenciados en dicha producción.

Por cierto, existen múltiples esfuerzos por incorporar temporalidades distintas en el estudio de la prehistoria, tanto en el viejo mundo como dentro de la arqueología americana, desde variados enfoques teóricos y metodológicos (p.ej. Bailey 2007; Barrett 1994; González-Ruibal 2013; Hutson 2010; Lazzari 2011; Olivier 2004; Roddick 2013; Roddick y Stahl 2016; Sassaman 2016; Tilley 1994). Mucho más prevalentes han sido tales reflexiones en el marco de la arqueología histórica o contemporánea, que han enfatizando en la ruptura temporal de la modernidad asociada el capitalismo (p.ej. Buchli y Lucas 2001; Dawdy 2010, 2016; González-Ruibal 2016; Gordillo 2014; Stoler 2008) y en las arqueologías postcoloniales latinoamericanas (p.ej. Gnecco 2011; Gnecco y Hernández 2008; Haber 1999; Verdesio 2001, 2013). Varios de estos ejemplos apuntan la necesidad de reconocer dentro de las interpretaciones arqueológicas temporalidades que se sobreponen, por ejemplo, en términos de las escalas medioambientales, sociales e individuales, enfatizando en la necesidad de visibilizar procesos diversos y reajustar la resolución temporal en la que estos ocurren, además de considerar los efectos y eficacia social de la cultura materialidad. La arqueología prehispánica del Norte Grande se ha mantenido bastante marginal a estas reflexiones teóricas y metodológicas. Algunas de las excepciones más notables se discuten a continuación.

El tiempo en la prehistoria del desierto atacameño

Uno de los primeros esfuerzos por entender el pasado prehispano en la historiografía chilena fue *Los Aborígenes de Chile*, escrito por José Toribio Medina y publicado en 1882. En este trabajo, Medina intenta establecer una visión comparativa de los distintos grupos que habitaron el territorio previo a la conquista española, aplicando sistemas de clasificación crono-culturales. Formado como historiador, Medina fue pionero en el posicionamiento de la cultura material como foco central de la ciencia de la antigüedad, particularmente en la distribución de los objetos a través del tiempo y el espacio: “El estudio de las antigüedades prehistóricas de un país cualquiera no se puede limitar a este país solo, sino que es necesario considerar los **objetos** del mismo género encontrados en las naciones vecinas y aún a veces en las lejanas, si se quiere realizar verdaderos progresos en la ciencia de la antigüedad” (Medina 1882:xii, énfasis mío). Medina reconoció en los objetos materiales una de las manifestaciones fundamentales de eventos del pasado, afirmando la relación entre ellos y su capacidad immanente de otorgar información sobre este. *Los Aborígenes de Chile*, no obstante, es una obra organizada a partir de la información contenida en textos escritos por cronistas coloniales y naturalistas del siglo XIX⁵. De esta manera, no busca establecer una cronología precisa de fenómenos o eventos; en efecto, la profundidad temporal se acredita mediante expresiones relativas como “edad(es) primitiva(s) y harto lejana(s)” (Medina 1882:xv). Medina otorga un ordenamiento a las culturas o grupos prehistóricos versus la civilización moderna, posicionando la noción de progreso al centro del discurso, con un fuerte acento difusionista. Reconoce estados de desarrollo distintos entre grupos indígenas del norte y del sur, señalando:

“[...] en Chile, a la época de la conquista española, existían dos zonas que habían alcanzado diverso grado de adelanto: la parte norte del país, merced a la conquista i a la influencia de la civilización incásica, se hallaba en la edad del bronce, en tanto que el sur apenas si alcanzaban la edad de la piedra pulimentada” (Medina 1882:xv).

Combinando un enfoque centrado en la caracterización de la cultura material y la descripción de formas de organización social (con especial acento en los araucanos, a quienes dedica numerosos capítulos), Medina aplica la temporalidad unilineal de la ciencia a la prehistoria de Chile. Reconoce, por ejemplo, la expansión incaica como un período independiente, a la vez que emplea el sistema de las tres edades para separar ontológicamente a distintos grupos culturales; las sociedades del extremo sur eran concebidas verdaderamente como remanentes del pasado, situados varios estadios antes de la civilización moderna.

Max Uhle (1974[1917]), varias décadas después de Medina, genera una síntesis cronológica regional para el desierto de Atacama que utiliza como base la categoría de “civilización”, separada según inventarios materiales y extensiones geográficas. En su *Fundamentos Étnicos y Arqueología de Arica y Tacna* de 1922, define una secuencia histórico-cultural para el área norte sobre la base de grupos étnicos particulares, asociados a repertorios materiales específicos. Su secuencia histórico-cultural asignó un espacio temporal determinado a cada cultura, consolidando de cierta manera el ordenamiento sucesivo de la prehistoria y su separación en unidades crono-culturales discretas, sin extensiones indeterminadas y caracterizadas por ciertos elementos tecnológicos, que describe acuciosamente.

5 Esta monumental obra está, de hecho, dedicada a Philippi, quien fuera maestro de Medina y uno de los naturalistas más reconocidos del país.

Simultáneamente, hay una preocupación concertada por resolver el problema del Paleolítico americano por parte de distintos investigadores, lo que alude a un interés por reconocer materialmente fenómenos que se entienden como universales, atendiendo a la vez a la necesidad de esclarecer la antigüedad del poblamiento del continente (Bird 1943; Capdeville 1921, 1928; Latcham 1915; Le Paige 1958; Mostny 1964; Orellana 1960; Oyarzún 1917; Uhle 1916). Es decir, uno de los intereses que anima a la disciplina durante esta época, es la búsqueda de los orígenes, que de alguna manera permita establecer un punto de inicio en la historia de los habitantes de América. Haciéndose partícipe de esta discusión –y resistiendo reducir este problema a la cuestión de los orígenes– Ricardo Latcham (1915) reconoce que estos paralelos materiales en ningún caso significan contemporaneidad, aceptando bastante tempranamente el precepto de que grupos con objetos materiales similares representaban procesos homólogos, pero no necesariamente simultáneos. Al respecto señala:

“para los efectos de este estudio [la existencia de un Paleolítico americano] hacemos uso de la denominación clásica para distinguir los tipos unos de otros; pero es completamente contrario a nuestra intención imputar a dichos tipos la edad o antigüedad correspondiente a la de sus similares del mundo antiguo. Lo único que se puede hacer es **comparar los tipos o estilos y el orden cronológico de su recurrencia**” (Latcham 1915:89, énfasis mío).

Los estudios de Latcham –formado como ingeniero a fines del siglo XIX en Inglaterra– tienden a volcarse en vez al estudio de procesos y su manifestación empírica. En *Las Creencias Religiosas de los Antiguos Peruanos* menciona:

“No es nuestro propósito **rastrear los orígenes** de semejantes ideas [creencias religiosas] ni de teorizar sobre su desarrollo. Esto lo dejamos a los apologistas de la antigua escuela evolucionista o a la revelacionista. **No nos asociamos con ninguna escuela** y nos concretamos a referir algunas **generalidades admitidas casi universalmente**” (Latcham 1929:250, énfasis mío).

Su rechazo a la teoría, que consideraba como inherentemente especulativa, contribuye a fortalecer el posicionamiento de la arqueología como ciencia. Maneja, por tanto, preceptos igualmente universalistas respecto de los fenómenos del pasado, pero al enfocarse en la comprensión de procesos culturales generales o desarrollos culturales particulares –como la agricultura, el comercio, la domesticación de animales, el totemismo, la propiedad, el estudio de la Cultura Atacameña, entre otros– introduce un mayor dinamismo a la visión unilineal tradicional que dominaba el pensamiento arqueológico de la primera mitad del siglo XX, centrándose más insistentemente en el estudio del cambio cultural y visibilizando fenómenos paralelos con distinta data⁶.

6 Refiriéndose al desarrollo cultural atacameño como paralelo a la expansión e influencia Tiwanaku en el área, y destacando sus avances tecnológicos, Latcham señala: “[...] los Atacameños desarrollaron o adquirieron una agricultura incipiente [...] también adquirieron un conocimiento sobre las industrias que parecieran estas aparejadas a la agricultura. Hacían muy buena cerámica, alguna decorada con diseños pintados en dos, a veces tres colores. El hilado y el tejido en lana de llama también fue desarrollado. La cestería, generalmente sin decoración, continuó pero no con la misma extensión que antes, pues fue reemplazada por la alfarería. Arcos y flechas reemplazaron a las lanzas, que prácticamente desaparecieron. Las tabletas de madera para insuflar ocasionalmente mostraron la mismas formas que las halladas en Tihuanaco [...] los tubos para insuflar fueron hechos principalmente de hueso, tal como en el período anterior, pero decorado con una pieza labial hecha de madera. Esto muestra que hubo un cambio en la manera de insuflar” (Latcham 1936:614, traducción mía).

Junto al creciente proceso de profesionalización e institucionalización que experimentó la arqueología en las décadas siguientes (Cornejo 1997), se incorporan y definen de manera explícita las técnicas de estudio y excavación de sitios arqueológicos. La arqueología de Junius Bird y sus contemporáneos introduce un cambio metodológico con ramificaciones importantes respecto a la concepción del tiempo arqueológico. Las técnicas estratigráficas uniformes no sólo supusieron un énfasis en la sistematicidad de las formas de abordar el registro, sino una transformación epistemológica, dado que las distancias temporales podían ahora ser materialmente correlacionadas con profundidades estratigráficas. Bird demuestra una preocupación por la descripción ambiental de los paisajes en donde se sitúan los sitios arqueológicos que estudia, y en vez de explicar los desarrollos culturales en función de distribuciones materiales, étnicas o histórico-culturales, pasa a definirlos con base en tecnologías, con un mayor énfasis en el estudio de contextos domésticos por sobre los funerarios (Bird 1943, 1946). Junto a lo anterior, la introducción de las dataciones radiocarbónicas supusieron no sólo la determinación cronológica de ciertos eventos, sino que también procesos particulares pudieron ser posicionados definitivamente dentro de un esquema temporal universalmente inteligible (ver Boisset *et al.* 1969; Mostny 1965; Núñez 1965, 1966, 1969, 1974).

Lo que vemos en el curso del siglo XX, es entonces un proceso de universalización del tiempo prehistórico, lo cual implicó la consolidación de un modelo lineal del devenir de las poblaciones prehispanas. Dicho proceso no fue sino consecuencia de la transformación de la arqueología en una disciplina positivista, alejada ya de los tiempos indeterminados y las distancias temporales relativas. Dentro de las implicancias de la universalización del tiempo, hay un ritmo particular que se establece como progresión natural, es decir, como invariablemente unidireccional. Simultáneamente, el cambio de foco desde una arqueología abocada a la definición de períodos e inventarios de cultura material, a una centrada en el estudio de procesos tecnológicos y/o ambientales estuvo aparejada de un cambio de un paradigma donde la adaptación y la complejización creciente se convirtieron en procesos asumidos y escasamente interrogados. En palabras de John Barrett (2004), esto implica que la arqueología pasa a igualar largas secuencias de condiciones materiales con la manera en que se estructura la historia; esta se vuelve sucesiva. Por ejemplo, refiriéndose al proceso formativo, Núñez señala:

“Sólo un pensamiento progresista pudo acercar a la sociedad hacia los umbrales de la civilización, con propuestas culturales formativas, que dieron origen a la sociedad campesina mucho antes del surgimiento de los estados e imperios panandinos” (Núñez 1989:82, énfasis mío).

Si bien aquí se refleja un intento por diferenciar los desarrollos locales frente a las influencias de las formaciones sociopolíticas altiplánicas o de los Andes Centrales –contra el difusionismo tradicional– se asume a la vez que el objetivo del grupo social es alcanzar un ideal de civilización (que, por cierto, no se explicita) que está predeterminado por un modo de pensar particular. Lo formativo y los cambios asociados son entonces resultado de un *telos*, en el sentido de un objetivo último o propósito fundamental, que guía a la sociedad hacia el progreso. En este caso, la adopción de un esquema universal del tiempo no implica sólo un ordenamiento de los desarrollos culturales dentro de una línea temporal, sino que contiene además un modelo explicativo donde las causas del cambio están predefinidas.

A este respecto, como señala Julian Thomas (2004), en este tipo de explicaciones la experiencia histórica moderna tiende a ser extendida indefinidamente hacia el pasado, donde cada fase o época es vista como un paso inevitable hacia la modernidad, un flujo unidireccional ininterrumpido. El procesualismo justamente toma estos principios como supuestos básicos. Eliminando las particularidades históricas y las especificidades culturales en favor de procesos universales, la arqueología procesual tendió a inhibir el estudio de las ideologías, la política, la agencia humana y el conflicto.

El tiempo uniforme, continuo e ininterrumpido propio de la modernidad se vio disturbado con las intervenciones inspiradas en el materialismo histórico durante las décadas de 1960 y 1970. No sólo a nivel retórico, sino en términos del tipo de experiencias históricas imaginadas para momentos prehispánicos. Con un proyecto más explícitamente político como fue la Arqueología Social Latinoamericana (Bate 1977; Lumbreras 1974) se generó un interés concertado por comprender no sólo el conflicto, nociones de propiedad, modos de producción o modos de vida, sino por reinterpretar procesos precoloniales y posthispanos con el objeto de intervenir realidades sociales contemporáneas (Bate 1989). En abierta oposición a la supuesta parcialidad u objetividad de la Nueva Arqueología norteamericana, este proyecto se propuso construir bases materiales y epistemológicas que permitieran la comprensión de las condiciones históricas y sociales de las propias sociedades latinoamericanas (Vargas y Sanoja 1995). Con esta propuesta teórica y práctica sin duda existe un interés por inyectarle dinamismo y ciclicidad a las sociedades del pasado. Al mismo tiempo, se intenta reconocer la particularidad y especificidad de los ritmos temporales de cada formación cultural, que se admiten como diferenciales en tanto sus bases tecnológicas sean distintas. Estos “ritmos diferenciales de desarrollo” (Vargas y Sanoja 1995:152) expresan las características estructurales que definen la organización social y del trabajo de los grupos culturales. No obstante, su influencia en la prehistoria del Norte Grande se mantiene sumamente marginal.

Sin seguir la propuesta sociopolítica de la Arqueología Social Latinoamericana, los estudios centrados en los modos de producción con el objeto de entender la naturaleza de las estructuras económicas de las sociedades prehispánicas se convirtieron en un foco relevante dentro de las investigaciones arqueológicas de esta época. En una publicación de principios de la década de 1970, Lautaro Núñez reconoce que:

“Aunque no se trata de mecanizar la complejidad de la conducta humana, parece más bien necesario investigar la **infraestructura económica**, con las diversas tecnologías aplicadas en diferentes ambientes ecológicos y la **consecuente sucesión de transformaciones** dentro del triángulo economía-instrumentos del trabajo-estructura social” (Núñez 1974:12, énfasis mío).

Como esta cita refleja, hay tres elementos que se definen como centrales para producir modelos explicativos sobre el pasado: un objeto de estudio (las estructuras económicas), el medio material por el cual abordar dicho análisis (la tecnología en distintos ambientes) y un modelo temporal con poder explicativo (las transformaciones materiales sucesivas). En consecuencia, pese a que el tiempo arqueológico no se concibe como momento estático sino plenamente dinámico y cambiante, los ritmos temporales a los que se aluden son no sólo totalizantes sino sucesivos. Es decir, lo que se termina priorizando dentro de las interpretaciones sobre el pasado son las transformaciones estructurales de todo el grupo social. Este enfoque mucho le debe al evolucionismo multilineal de Julian Steward (1972), aunque aluda a conceptos que tienden a asociarse al materialismo histórico,

como “infraestructura económica” o “instrumentos del trabajo” (Núñez 1974:12). Steward plantea explícitamente: “cultural-ecological adaptations—the adaptive processes through which a historically derived culture is modified in a particular environment—are among the important creative processes in cultural change”⁷ (Steward 1972:21). Los elementos mencionados por Steward, la adaptación cultural dictada por las particularidades ambientales para entender el cambio cultural, se van a convertir en la problemática central que intenta resolver la arqueología del Norte Grande en las décadas sucesivas. La lógica inherente a esta forma de resolver la prehistoria es que la historia de estos grupos es igual a su adaptación. Basta describir estos procesos para entender su devenir histórico que siempre se resolverá bajo el mismo principio: una mejor comprensión del medio⁸. Bajo este principio se entienden todas las innovaciones o creaciones culturales.

Es más, las transformaciones tecnológicas tienden a ser vistas como inherentemente acumulativas y generalmente entendidas dentro de una lógica de eficiencia y control cuyo desarrollo o adopción tiende a tener resultados favorables para las sociedades que las desarrollan. En un artículo publicado hace ya una década, Luis Guillermo Lumbreras, aunque no refiriéndose a la prehistoria del Norte Grande específicamente sino al proceso de agriculturización en los Andes, sostiene:

“Esas transformaciones [la agricultura] nacen del **afianzamiento** de los logros alcanzados hasta entonces, tanto en el dominio de los descubrimientos tecnológicos como en el de los cambios sociales y económicos, que fueron necesarios para el **uso eficiente** de las nuevas tecnologías descubiertas antes del cuarto milenio. Se presentan como el **desenlace inevitable** de una serie de procesos acumulados” (Lumbreras 2006:13, énfasis mío).

Hay aquí una alusión clara a la inexorabilidad del progreso, donde las sociedades al alcanzar un completo dominio frente a una naturaleza –que por cierto se concibe como pasiva, manipulable y a disposición del ser humano– logran transformarse estructuralmente y ser maestros de un proceso que les permite nuevamente un completo manejo tecnológico del medio. Este ritmo sucesivo del cambio es transversal a las lecturas que se producen sobre la prehistoria en esta época, independiente de cuán influenciadas estén por enfoques materialistas. Paradigmático dentro de este marco, es la publicación de 1989, *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista* (Hidalgo *et al.* 1989). Con una periodificación muy bien definida, esta síntesis regional se estructura en base a la sucesión de modos de subsistencia, agrupados en un amplio capítulo llamado Caza y Pesca Marítima, seguido por una descripción del período Formativo que viene precedida de una sección cuyo título, Hacia la Producción de Alimentos y la vida Sedentaria, ya sugiere una direccionalidad definida que desemboca en la fase Formativa.

La reciente publicación de esta síntesis general de la prehistoria (Falabella *et al.* 2016), refleja la introducción de distintos ritmos históricos a nivel local, donde se separan los Valles Occidentales y la región de Tarapacá de la vertiente Occidental Circumpuneña, caracterizando estos desarrollos de acuerdo a la división del área Centro-Sur Andina utilizada por Núñez en 1984. Para el capítulo que abarca la macro-zona de Valles Occidentales y Tarapacá, se señala:

7 “las adaptaciones ecológico-culturales –los procesos adaptativos a través de los cuales una cultura históricamente derivada es modificada en un ambiente particular– es uno de los procesos creativos más importantes de cambio cultural” (Steward 1972:21, traducción mía).

8 Según Steward, las sociedades se vuelven tecnológicamente especializadas en la explotación de las distintas facetas del medio ambiente como consecuencia de su historia, es decir, de su proceso adaptativo (1972:50).

“En este capítulo se intenta **reconstruir** los sistemas de organización social, política y económica de las poblaciones que se asentaron en esta parte de los Valles Occidentales. Esto será descrito y discutido a través de **tres períodos** llamados Formativo, Medio e Intermedio Tardío o Desarrollos Regionales, según corresponda. Los comentarios que se desprenden del análisis de cada uno de estos períodos muestra que la presencia humana ha ido configurando un mosaico de relaciones entre pueblos de la vertiente occidental y oriental andina, los que, en su conjunto, **generaron el surgimiento y consolidación de una identidad propia** dentro de marco que caracteriza a la cultura andina” (Muñoz *et al.* 2016:181, énfasis mío).

Tratando de reflejar esta particularidad local, este párrafo admite la existencia de palimpsestos culturales, pero insiste en un momento inicial y una culminación marcadas por las nociones de “surgimiento” y “consolidación” (Muñoz *et al.* 2016:181) que define la marcha histórica de las poblaciones de la región como un proceso de estabilización –social, política y económica– cuyo resultado es la construcción de identidad.

Discursos arqueológicos que rompen con este ritmo direccional de la prehistoria e invocan directamente nociones de conflicto y transformaciones ideológicas que problematizan las definiciones convencionales de la temporalidad progresiva, emergieron a fines de la década de 1990 y sobretudo durante la primera década del 2000 (p.ej. Gallardo 1998, 2004; Núñez, P. 2004; Uribe 2008, 2012; Uribe y Adán 2008; Uribe *et al.* 2002). Este momento en la arqueología del Norte Grande se caracteriza en términos generales por representar una reacción al universalismo, basado en una visión sobre el tiempo saturada de fracturas y cambios. Esto se traduce en una preocupación por las particularidades en vez de generalidades, la heterogeneidad versus la uniformidad, las lógicas relacionales en oposición a la mera causalidad y, en términos más generales, un rechazo a formas de explicación universales. En esta línea, Uribe y Adán, particularmente interesados en estudiar una zona largamente silenciada dentro del contexto regional, señalan respecto a la visión tradicional del proceso de complejización social de las poblaciones que habitaban la región de Tarapacá:

“[...] llama la atención la poca valoración que se dio al sustrato Formativo, y la aplicación recurrente de una tendencia interpretativa que como motor último de toda innovación no hizo más que mirar al interior y al altiplano, con fuertes connotaciones sociales y casi morales. Tal situación se expresa en la comprensión sólo nominal y no histórica de los desarrollos previos y, consecuentemente, una escasa estimación de las poblaciones locales como agentes del cambio cultural interno, producto de un marcado sesgo evolucionista” (Uribe y Adán 2008:161).

Estos estudios representan un momento clave para la arqueología del Norte Grande, y en particular para los estudios del período Formativo, uno de los ejemplos más paradigmáticos del uso de temporalidades universales. Uribe y colaboradores cuestionan abiertamente la noción de progreso que impregna al concepto de Formativo, problematizando ideales de la utopía andina en gran parte inspirada en la potencia y prevalencia del modelo de verticalidad de John Murra popularizado en los 1970's y 1980's (Murra 1968, 1972, 1984), en donde los logros civilizatorios se entienden como resultado de la delicada adaptación ecológica y el desarrollo político de las formaciones sociales altiplánicas. Proponen que, en el caso particular del Complejo Pica-Tarapacá del Intermedio Tardío, esta visión idealista y evolutiva ignora sustancialmente el sustrato histórico local que sirve de base para los desarrollos tecnológicos y las redes sociales que se materializan durante este período en Tarapacá. Abriendo el horizonte de posibilidades para replantear y reimaginar estos procesos sociales y políticos, Uribe y colaboradores se desprenden de los marcos históricos-culturales, aunque sin

dejar de lado el interés por comprender macro-procesos y transformaciones estructurales (Uribe y Adán 2008). En tal sentido, las escalas temporales se mantienen con un foco tremendamente amplio y con un lente regional, que persistentemente elude identificar diferencias a nivel de valle o micro-región, manteniendo, al contrario, una división ecológica entre costa, pampa, sierra y altiplano.

En su crítica al concepto de Formativo, Uribe (2008, 2012) alude igualmente a la importancia del sustrato local y, particularmente, la importancia de las largas tradiciones del Arcaico. Su versión del Formativo se superpone, se traslapa y se expande sobre un período Medio que se concebía como generalizado, dándole agencia a los grupos locales quienes, ya en momentos que se considerarían cronológicamente Intermedio Tardío, comienzan a extender su presencia material y sus redes de intercambio hacia las tierras altas, pero como parte de una decisión que nace desde el seno del grupo social y como parte de una negociación constante entre individuos y el colectivo.

Temporalidad y epistemología

Cabe destacar que en la breve genealogía presentada es posible dilucidar cambios relevantes en términos de cómo el pasado es concebido, y cuáles son los aspectos sobre el pasado abordados arqueológicamente. En otras palabras, hay transformaciones significativas en términos teóricos y metodológicos, junto a una diversificación respecto a los objetos de estudio.

El primer quiebre se produce antes de la mitad del siglo XX, con el alejamiento progresivo por establecer la antigüedad del hombre americano desde una perspectiva difusionista. Emerge el interés por comprender el cambio cultural a través del estudio detallado de los repertorios culturales de los grupos que habitaban el desierto de Atacama, con especial énfasis en lo que se ha considerado tal vez la manifestación cultural más paradigmática de la región: la Cultura Atacameña. Esto permite la introducción de cierto grado de movimiento o ritmo al tiempo arqueológico, donde los grupos culturales ya no se definen únicamente en función de su repertorio cultural y su extensión geográfica. El interés por definir y refinar secuencias en relación con la Cultura Atacameña se convertirá en un foco de análisis persistente dentro de la arqueología regional (p.ej. Agüero 2005; Agüero y Uribe 2011; Le Paige 1957-1958, 1964; Llagostera y Costa 1999; Núñez 1995; Uribe 2002).

El segundo momento importante de destacar provoca una consolidación de la universalidad del tiempo arqueológico, con la introducción de metodologías estratigráficas estandarizadas y dataciones radiocarbónicas que posibilitan el posicionamiento de eventos singulares dentro de un esquema general. Pero la cronología absoluta no busca sólo localizar fenómenos en una línea de tiempo progresiva, sino que permite refinar el método comparativo al permitir homologar los mismos procesos en momentos históricos distintos. Se admite, entonces, que cada grupo o proceso cultural puede seguir su propio ritmo temporal, pero el curso de su evolución material tiende ser análogo a su historia, en el sentido de que la detección de las transformaciones en patrones de asentamiento, funebria y tipología cerámicas, por mencionar algunos de los ejes analíticos más prevalentes, son suficientes para comprender procesos de cambio social.

Ya plenamente reconocida a la arqueología como antropología (Binford 1962), las influencias del materialismo histórico –en ningún caso generalizadas dentro de la disciplina– posibilitan introducir un horizonte de experiencias distintas para el pasado prehispano, y nociones de conflicto, poder e ideologías pasan a ser parte de los discursos arqueológicos. Sin duda esto implica nuevamente

una extensión del tiempo de la modernidad hacia el pasado, pero se relativizan los efectos y la temporalidad del progreso, ya no homogéneo ni tampoco uniforme. Es decir, se reconoce que el desarrollo posee ritmos temporales diversos basados en la heterogeneidad de las bases materiales e infraestructuras económicas de los grupos culturales. Al mismo tiempo, y desde otras perspectivas, se dilata y visibiliza, por ejemplo, períodos y procesos como el de la transición a la agricultura (Muñoz y Chacama 2012; Núñez 1989; Núñez y Santoro 2011; Santoro 1980), a la vez que se reconoce la importancia social y política de grupos que mantienen modos de vida de larga data (Ballester y Gallardo 2011; Sepúlveda *et al.* 2018).

Pese a esta ampliación de la temporalidad —la admisión de su ciclicidad y el rechazo a los esquemas evolucionistas unilineales que no reconocen ritmos temporales diferenciales en el desarrollo histórico de las sociedades— los acercamientos a la prehistoria regional suelen adherir muchas veces de forma implícita a los preceptos modernistas del procesualismo y la historia cultural. Volviendo al proceso Formativo, por ejemplo, a fines de 1980 Iván Muñoz señala: “A partir de este momento el hombre tiene una nueva concepción de aprovisionamiento de alimentos: pasa de una economía **depredadora** a otra en la que es **productor**, lo que será esencial en su ulterior desarrollo” (Muñoz 1989:107, énfasis mío).

Alrededor de una década más tarde, los cambios formativos son aún asociados a una lógica sustentada en un manejo más eficiente de los recursos disponibles para estas poblaciones:

“Este proceso vino a conceptualizar las bases de un desarrollo más estable a partir del 1000 AC, cuando el hombre logró explotar la tierra, lo cual fortaleció la estructura económica de las poblaciones del Pacífico, generándose una organización en términos aldeanos más sólida y estable [...] el proceso de sedentarismo aparece como resultado lógico del conocimiento de la naturaleza y de los procesos culturales que tienen lugar en un espacio dado” (Muñoz 2004:225, énfasis mío).

Aunque difícilmente en la actualidad las economías cazadoras recolectoras podrían seguir caracterizándose como “depredadoras” (Muñoz 1989:107), la primacía de la eficiencia y el progreso siguen siendo persistentes. El período Formativo, como lo refleja esta cita, se sigue conceptualizando como proceso de estabilización acumulativa que, por un lado, invisibiliza los aportes de las tradiciones anteriores —sin admitir la posibilidad de que dicho cambio podría haber estado caracterizado, por el contrario, por la inestabilidad— y por otro, se niega a problematizar la inevitabilidad del sedentarismo. Lógicas similares siguen trabajos centrados en las reevaluaciones crono-culturales del período Arcaico en la costa atacameña, continuando una larga tradición histórico-cultural que se remonta a los tempranos trabajos de Capdeville en la zona de Taltal (p.ej. Castelleti 2007; Llagostera 1989; Salazar *et al.* 2013, 2015). En ellos se tiende a correlacionar la organización económica-tecnológica con modos de adaptación creciente al medio ambiente en que estos grupos habitan, usualmente aparejado con cierta estabilidad en su patrón de asentamiento y aumentos demográficos significativos.

La admisión de simultaneidad de procesos con distintas cronologías a nivel regional se refleja también en la admisión del impacto diferencial de los horizontes andinos en distintas áreas culturales que han permitido enfocarse en temas relacionados al poder, la etnicidad, la agencia y el conflicto (p.ej. Adán y Uribe 2005; Agüero 2007; Oakland 1992; Salazar *et al.* 2014; Torres-Rouff 2011; Uribe y Adán 2004), indirectamente problematizando el ideal de progreso y adaptación. Es sugerente, no

obstante, que pese a que el foco de análisis se aleja de ciertos marcos medioambientales y tecnológicos que priman en los estudios de momentos arcaicos y formativos, muchos de estos estudios tiendan a asumir que dichos períodos representan el clímax de la complejidad o diferenciación social. Sobre el período Medio en San Pedro de Atacama, Salazar y colaboradores señalan, por ejemplo: “Whatever the specific relation with Tiwanaku, the fact remains that the **peak** in social complexity and affluence of SPA communities was achieved during the MH” (Salazar *et al.* 2014:136, énfasis mío)⁹.

De esto se desprenden ciertas continuidades que preocupan a la arqueología regional, dentro de las cuales destacan la persistencia por refinar marcos crono-culturales mediante la generación de un mayor volumen de datos empíricos, el estudio de tecnologías como mecanismo de entrada al problema adaptativo y el desarrollo creciente de la complejidad social. En el último apartado, se sugieren posibles avenidas que invitan a imaginar alternativas que permitan cuestionar modelos totalizantes y visiones del tiempo abstraídas de su contingencia.

Prehistoria(s): imaginando alternativas

La adherencia irreflexiva a los ritmos temporales universales de la ciencia conlleva el riesgo de evacuar aspectos sociopolíticos de los discursos arqueológicos y uniformizar las visiones sobre el pasado, presentando narrativizaciones de la (pre)historia como realidades objetivas que siguen posicionándose dentro de un esquema general de complejización social. Cabe preguntarse entonces: ¿qué implica dicha complejización social? ¿Es un ritmo siempre creciente de jerarquización y/o centralización? ¿Es posible imaginar una prehistoria que visibilice procesos de experimentación, improvisaciones materiales, historias de uso y desuso, procesos contingentes, palimpsestos temporales? ¿Considerando escalas temporales más discretas, qué fenómenos se vuelven visibles en el registro arqueológico? En este sentido, no se trata únicamente de problematizar el estudio de períodos temporales depurados (lo Arcaico, Formativo, o Intermedio Tardío como categorías aisladas), sino de repensar cómo los fenómenos que han sido asociados a estos períodos pueden superponerse o traslaparse dentro de un mismo paisaje. Parte de ello implica trabajar con temporalidades más concretas, pues la insistencia en la caracterización de períodos o fases autocontenidas –la amalgama entre temporalidad absoluta y desarrollo tecnológico– producen un mismo régimen de historicidad (Trouillot 1995), aunque se admitan fechas asincrónicas, que se sigue llenando de datos empíricos. En esta línea, cabría considerar las sugerencias de los arqueólogos de la modernidad o de las nuevas materialidades, que mantienen que los objetos no sólo no se ajustan a las temporalidades propuestas por la ciencia, sino que se resisten a ella (Dawdy 2016; DeSilvey 2006; González-Ruibal 2016; Hodder 2011; Ingold 2007, 2012; Olsen 2007; Shanks 2008; Webmoor y Witmore 2008; Witmore 2006, 2014). ¿Qué nos dicen la persistencia de una tradición cerámica, constructiva o funeraria, por mencionar algunos ejemplos, que no se ajusta a la cronología convencional? ¿O cómo entender la historia de cierta cultural material que no abarca períodos completos y que, por tanto, no logra convertirse en representativa o paradigmática a través de su inclusión en las narrativas sobre la prehistoria? ¿Cuáles son las materialidades que irrumpen o quiebran la homogeneidad de los tiempos tipológicos? Estos son algunos de los silencios a los que alude Trouillot y que ofrecen una alternativa no sólo para trascender los marcos temporales que hemos heredado, sino que para

9 “Cualquiera sea la relación específica con Tiwanaku, el hecho es que el peak de la complejidad social y la afluencia en las comunidades de San Pedro de Atacama fue logrado durante el período Medio” (Salazar *et al.* 2014:136, traducción mía).

otorgar heterogeneidad a la cadencia uniforme a través del cual concebimos el pasado prehispanico, que sigue manteniéndose paradigmáticamente como el tiempo del otro.

Esto no significa, por cierto, abandonar por completo dichas categorías analíticas. Sugerencias similares han ofrecido los estudios de la tecnología desde una perspectiva feminista, comandados por los aportes de Donna Haraway (1988, 1991) y otras figuras como Sandra Harding (1986) desde los 1980's. Estos trabajos comenzaron a develar la lógica racionalista y masculinista que operaba detrás del conocimiento tecnológico, no sólo a través de la exploración de los factores sociales que han influenciado nuestra visión sobre la tecnología –y donde los aportes de las mujeres están sospechosamente ausentes– sino por su constante asociación con el dominio sobre una naturaleza que se entiende como pasiva, separada de los sujetos y a total disposición del ser humano, es decir, que sigue nociones convencionales de género. Haraway aboga por la admisión de lo no-humano en lo humano, oponiéndose a la separación radical entre sujeto y objeto tan propia del Occidente moderno. No propone, no obstante, una vuelta a la naturaleza, sino una ontología que afirma que los seres humanos existen con la tecnología y no divorciada de ella, una postura que niega persistentemente su instrumentalización y que admite a la vez que el mundo material no habla por sí solo. Este punto es el que merece atención en este contexto, porque permite imaginar un universo material –que suele ser la sustancia con la que los arqueólogos trabajamos– que no existe únicamente en función de la eficiencia, la productividad y la explotación del medio. La tecnología, vista desde esta perspectiva, construye a los individuos y al colectivo envuelto en su creación, tanto como los seres humanos la producen. Haraway (1988) admite, al mismo tiempo, que toda construcción de conocimiento se sitúa desde una posición particular y que en dicho proceso, lo material y lo discursivo están en permanente relación y nunca separados. Admitir que construimos el conocimiento desde una posicionalidad y una perspectiva parcial debe entenderse como el primer paso en el intento de problematizar narrativas universalistas que asumen que nuestros discursos sobre el pasado se asientan sobre una posición objetiva, racional y divorciada de nuestro momento histórico particular.

Agradecimientos. Al Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, en particular a François Richard. Mis agradecimientos a los evaluadores de este manuscrito, cuyos comentarios enriquecieron sustantivamente esta reflexión, y a los editores del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología.

Referencias citadas

- Adán, L. y M. Uribe. 2005. El dominio Inca en la localidad de Caspana: Un acercamiento al pensamiento político andino (río Loa, norte de Chile). *Estudios Atacameños* 29:41–66.
- Agüero, C. 2005. Aproximación al asentamiento humano temprano en los oasis de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 30:29–60.
- Agüero, C. 2007. Los textiles de Pulacayo y las relaciones entre Tiwanaku y San Pedro de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12(1):85–98.
- Agüero, C., y M. Uribe. 2011. Las sociedades formativas de San Pedro de Atacama: asentamiento, cronología y proceso. *Estudios Atacameños* 42:53–78.
- Ballester, B. y F. Gallardo. 2011. Prehistoric and historic networks on the Atacama Desert (Northern Chile). *Antiquity* 85:875–889.
- Bate, L.F. 1977. *Arqueología y materialismo histórico*. Ediciones Cultura Popular, México.

- Bate, L.F. 1989. Notas sobre el materialismo histórico en el proceso de investigación arqueológica. *Boletín de Antropología Americana* 19:5-29.
- Bailey, G. 2007. Time perspectives, palimpsests and the archaeology of time. *Journal of Anthropological Archaeology* 26:198-223.
- Barrett, J.C. 1994. *Fragments from Antiquity: An archaeology of social life in Britain, 2900-1200 BC*. Basil Blackwell, Oxford.
- Barret, J.C. 2004. Temporality and the study of prehistory. En: *Time and temporality in the Ancient world*, editado por R. Rosen, pp. 11-28. University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, Philadelphia.
- Binford, L.R. 1962. Archaeology as anthropology. *American Antiquity* 28(2):217-225.
- Bird, J. 1943. *Excavations in northern Chile*. Anthropological papers of the American Museum of Natural History Vol. 38, New York.
- Bird, J. 1946. The cultural sequence of the north Chilean coast. En: *Handbook of South American Indians*, editado por J. Steward, pp. 587-594. Smithsonian Institution, Washington DC.
- Boisset, G., A. Llagostera y E. Salas. 1969. Excavaciones arqueológicas en Caleta Abtao. Antofagasta. *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 75-152. DIBAM, La Serena.
- Buchli, V. y G. Lucas (eds.). 2001. *Archaeologies of the contemporary past*. Routledge, New York.
- Capdeville, A. 1921. Notas acerca de la arqueología de Taltal. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 2(3-4):1-23.
- Capdeville, A. 1928. Cómo descubrí la industria paleolítica americana de los sílices negros tallados, en la zona de la costa de Taltal. *Revista Chilena de Historia Natural* 32:348-364.
- Castelleti, J. 2007. *Patrón de asentamiento y uso de recursos a través de la secuencia ocupacional prehispánica en la costa de Taltal*. Memoria para optar al grado de Magíster en Antropología con mención en Arqueología. Universidad Católica del Norte-Universidad de Tarapacá, Arica.
- Cornejo, L. 1997. Buscadores del pasado. Una breve historia de la arqueología chilena. En: *Chile antes de Chile. Prehistoria*, pp. 9-15. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
- Dawdy, S. 2010. Clockpunk anthropology and the ruins of Modernity. *Current Anthropology* 51(6):761-793.
- Dawdy, S. 2016. Profane archaeology and the existential dialectics of the city. *Journal of Social Archaeology* 16(1):32-55.
- DeSilvey, C. 2006. Observed decay: telling stories with mutable things. *Journal of Material Culture* 11(3):318-338.
- Fabian, J. 1983. *Time and the other*. Columbia University Press, New York.
- Falabella, F., M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate, J. Hidalgo (eds.). 2016. *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Foucault, M. 1978. Nietzsche, genealogy, history. En: *Nietzsche*, editado por J. Richardson y B. Leiter, pp. 139-164. Oxford University Press, Oxford.
- Foucault, M. 1989. *The order of things. An archaeology of the human sciences*. Vintage Books, Random House, New York.
- Gallardo, F. 1998. Arte, arqueología social y marxismo: comentarios y perspectivas. Parte I. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 26:37-41.
- Gallardo, F. 2004. El arte rupestre como ideología: un ensayo acerca de pinturas y grabados en la localidad del Río Salado (desierto de Atacama, norte de Chile). *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 36:427-440.
- Gell, A. 1992. *The anthropology of time*. Berg, Oxford.
- Gnecco, C. 2011. De la arqueología del pasado a la arqueología del futuro: anotaciones sobre multiculturalismo y multivocalidad. *Jangua Pana* 10(1):26-42.

- Gnecco, C. y C. Hernández 2008. History and its discontents. Stone statues, native histories, and archaeologists. *Current Anthropology* 49(3):439-466.
- González-Ruibal, A. (ed). 2013. *Reclaiming archaeology. Beyond the tropes of Modernity*. Routledge.
- González-Ruibal, A. 2016. Archaeology and the time of Modernity. *Historical Archaeology* 50(1):144-164.
- Gordillo, G. 2014. *Rubble: The afterlife of destruction*. Duke University Press.
- Haber, A. 1999. Caspinchango, la ruptura metafísica o la cuestión colonial en la arqueología sudamericana: el caso del Noroeste Argentino. *Revista do Museo de Arqueologia e Etnologia* 3:129-141.
- Haraway, D. 1988. Situated knowledges: the science question in feminism and the privilege of partial perspective. *Feminist Studies* 14:575-599.
- Haraway, D. 1991. *Simians, cyborgs, and women: the reinvention of nature*. Routledge.
- Harding, S. 1986. *The science question in feminism*. Cornell University Press, Ithaca.
- Hidalgo, J., V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate y I. Solimano (eds.). 1989. *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Hodder, I. 2011. Human-thing entanglement: towards an integrated archaeological perspective. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 17(1):154-177.
- Hutson, S.R. 2010. *Dwelling, identity, and the Maya: Relational archaeology at Chunchucmil*. Altamira Press, New York.
- Ingold, T. 1993. The temporality of landscape. *World Archaeology* 25(2):152-174.
- Ingold, T. 2007. Materials against materiality. *Archaeological Dialogues* 14(1):1-16.
- Ingold, T. 2012. Toward an ecology of materials. *Annual Review of Anthropology* 41:427-442.
- Koselleck, R. 2004. *Futures past: on the semantics of historical time*. MIT Press, Cambridge.
- Latcham, R. 1915. Una estación paleolítica en Taltal. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 14:85-106.
- Latcham, R. 1929. *Las creencias de los antiguos peruanos*. Imprenta Cervantes, Santiago.
- Latcham, R. 1936. Atacameño archaeology. *American Anthropologist* 38(4):609-619.
- Lazzari, M. 2011. Tangible interventions: The lived landscapes of contemporary archaeology. *Journal of Material Culture* 16(2):171-191.
- Le Paige, G. 1957-1958. Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena. *Anales de la Universidad Católica de Valparaíso* 4-5:15-144.
- Le Paige, G. 1958. Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena, época paleolítica. *Revista Universitaria* 43:139-165.
- Le Paige, G. 1964. *El precerámico en la cordillera atacameña y los cementerios del período agroalfarero de San Pedro de Atacama*. Anales de la Universidad del Norte 3, Antofagasta.
- Llagostera, A. 1989. Caza y pesca marítima (9000-1000 a.C.). En: *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 57-79. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Llagostera, A. y M.A. Costa. 1999. Patrones de asentamiento en la época agroalfarera de San Pedro de Atacama (norte de Chile). *Estudios Atacameños* 17:175-206.
- Lucas, G. 2004a. Modern disturbances: on the ambiguities of archaeology. *Modernism/Modernity* 11:109-120.
- Lucas, G. 2004b. *The archaeology of time*. Routledge.
- Lumbreras, L.G. 1974. *La arqueología como ciencia social*. Ediciones Hístar, Lima.
- Lumbreras, L.G. 2006. Un Formativo sin cerámica y cerámica preformativa. *Estudios Atacameños* 32:11-34.
- Medina, J.T. 1882. *Los Aborígenes de Chile*. Imprenta Gutenberg, Santiago.

- Mostny, G. 1964. *Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros arqueólogos e historiadores*. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago.
- Mostny, G. 1965. Fechas radiocarbónicas de la quebrada de Guatacondo. *Noticiario Mensual del Museo Nacional de Historia Natural* 9(105), Abril.
- Munn, N. 1992. The cultural anthropology of time: a critical essay. *Annual Review of Anthropology* 21:93-123.
- Muñoz, I. 1989. El período Formativo en el Norte Grande (1000 a.C. a 500 d.C.). En: *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 107-128. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Muñoz, I. 2004. El período Formativo en los valles del norte de Chile y sur de Perú: Nuevas evidencias y comentarios. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 36:213-225.
- Muñoz, I. y J. Chacama. 2012. Transformación del paisaje social en Arica, norte de Chile: de pescadores arcaicos a agricultores incipientes. *Estudios Atacameños* 44:123-140.
- Muñoz, I., C. Agüero y D. Valenzuela. 2016. Poblaciones prehispánicas de los Valles Occidentales del norte de Chile: desde el Período Formativo al Intermedio Tardío (ca. 1.000 años a.C., a 1.400 años d.C.). En: *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas*, editado por F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo, pp. 181-237. Editorial Universitaria, Santiago.
- Murra, J. 1968. An Aymara kingdom in 1567. *Ethnohistory* 15(2):115-151.
- Murra, J. 1972. El “control vertical” de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, pp. 59-115. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Murra, J. 1984. Andean Societies. *Annual Review of Anthropology* 13:119-141.
- Núñez, L. 1965. Recientes fechados radiocarbónicos del norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 1:107-109.
- Núñez, L. 1966. Recientes fechados radiocarbónicos de la arqueología del norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile* 64-65:32-41.
- Núñez, L. 1969. El primer fechado radiocarbónico del complejo Faldas del Morro en el sitio Tarapacá-40 y algunas discusiones básicas. *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 47-58. Museo Arqueológico de La Serena, La Serena.
- Núñez, L. 1974. *La agricultura prehispánica en los Andes Meridionales*. Orbe, Santiago.
- Núñez, L. 1984. *Tráfico de complementariedad de recursos entre las tierras altas y el Pacífico en el área Centro Sur Andina*. Tesis Doctoral, Departamento de Antropología Cultural, Universidad de Tokyo, Tokyo.
- Núñez, L. 1989. Hacia la producción de alimentos y la vida sedentaria. En: *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 81-106. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Núñez, L. 1995. Evolución de la ocupación y organización del espacio atacameño. En: *Agua, ocupación del espacio y economía campesina en la región atacameña. Aspectos dinámicos*, editado por L. Pourrut y L. Núñez, pp. 18-60. Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
- Núñez, L. y C. Santoro. 2011. El tránsito Arcaico-Formativo en la Circumpuna y Valles Occidentales del Centro Sur Andino: hacia los cambios “neolíticos”. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 43:487-531.

- Núñez, P. 2004. Arqueología y cambio social: una visión de género y materialismo histórico para el norte de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 36:441-451.
- Oakland, A. O. (1992). Textiles and ethnicity: Tiwanaku in San Pedro de Atacama, north Chile. *Latin American Antiquity* 3(4):316-340.
- Olivier, L. 2004. The past of the present. Archaeological memory and time. *Archaeological Dialogues* 10(2):204-213.
- Olsen, B. 2007. Keeping things at arm's length: a genealogy of asymmetry. *World Archaeology* 39(4):579-588.
- Orellana, M. 1960. Algunos estudios arqueológicos realizados en Chile y el problema del paleolítico americano. *Anales de la Universidad de Chile* 120:218-229.
- Orellana, M. 1996. *Historia de la arqueología en Chile*. Bravo y Allende Editores, Santiago.
- Orellana, M. 2012. Los estudios arqueológicos y la Revista Chilena de Historia y Geografía. *Revista Chilena de Historia y Geografía* Número Especial: 37-56.
- Oyarzún, A. 1917. Estación paleolítica de Taltal. En: *Proceedings of the Second Pan American Scientific Congress*, Vol. I, pp. 377-381. Government Printing Press, Washington DC.
- Pratt, M.L. 1992. *Imperial eyes: travel writing and transculturation*. Routledge.
- Rivera, M. 1991. The prehistory of northern Chile: a synthesis. *Journal of World Prehistory* 5(1):1-47.
- Roddick, A. 2013. Temporalities of the Formative Period Taraco Peninsula, Bolivia. *Journal of Social Archaeology* 13(3):287-309.
- Roddick, A., y A. Stahl (ed). 2016. *Knowledge in motion: constellations of learning across time and place*. The University of Arizona Press, Tucson.
- Salazar, D., P. Andrade, C. Borie, M. Escobar, V. Figueroa, C. Flores, L. Olguín, H. Salinas. 2013. Nuevos sitios correspondientes al Complejo Cultural Huentelauquén en la costa de Taltal. *Táltalia* 6:9-19.
- Salazar, D., H. M. Niemeyer, H. Horta, V. Figueroa y G. Manríquez. 2014. Interaction, social identity, agency and change during Middle Horizon San Pedro de Atacama (northern Chile): A multidimensional and interdisciplinary perspective. *Journal of Anthropological Archaeology* 35:135-152.
- Salazar, D., V. Figueroa, P. Andrade, H. Salinas, L. Olguín, X. Power, S. Rebolledo, S. Parra, H. Orellana y J. Urrea. 2015. Cronología y organización económica de las poblaciones arcaicas de la costa de Taltal. *Estudios Atacameños* 50:7-46.
- Santoro, C. 1980. Fase Azapa, Transición del Arcaico al desarrollo agrario inicial en los valles bajos de Arica. *Chungara* 6:45-56.
- Sassaman, K. 2016. A constellation of practice in the experience of sea-level rise. En: *Knowledge in motion: Constellations of learning across time and place*, editado por A. Roddick y A. Stahl, pp. 271-298. The University of Arizona Press, Tucson.
- Sepúlveda, M., L. Cornejo, D. Osorio, M. Uribe, C. Llanos y C. Castillo. 2018. Cazadores recolectores en tiempos formativos. Trayectoria histórica local en la precordillera del extremo norte de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 50:29-50.
- Shanks, M. 2008. Symmetrical archaeology. *World Archaeology* 3(4):589-596.
- Steward, J. 1972. *Theory of culture change*. University of Illinois Press, Urbana, IL.
- Stoler, A. 2008. Imperial debris: reflections on ruins and ruination. *Current Anthropology* 23(2):191-219.
- Tilley, C. 1994. *A phenomenology of landscape: places, paths, and monuments*. Berg, Oxford.

- Torres-Rouff, C., 2011. Hiding inequality beneath prosperity: patterns of cranial injury in Middle Period San Pedro de Atacama, northern Chile. *American Journal of Physical Anthropology* 146(1):28-37.
- Thomas, J. 2004. Archaeology's place in modernity. *Modernism/modernity* 11:17-34.
- Troncoso, A., D. Salazar y D. Jackson. 2008. Ciencia, estado y sociedad: retrospectiva crítica de la arqueología chilena. *Arqueología Suramericana* 4:122-145.
- Trigger, B. 2006. *A history of archaeological thought* (Segunda edición). Cambridge University Press, New York.
- Trouillot, M. 1995. *Silencing the past: power and the production of history*. Beacon Press, Boston, Mass.
- Uhle, M. 1916. Sobre la estación paleolítica de Taltal: una carta y un informe. *Revista Chilena de Historia y Geografía* XX(24):47-66.
- Uhle, M. 1974[1917]. Los aborígenes de Arica y el hombre americano. *Chungara* 3:13-21.
- Uribe, M. 2002. Sobre alfarería, cementerios, fases, procesos y la construcción de Atacama en la prehistoria tardía (800-1600 DC). *Estudios Atacameños* 22:7-31.
- Uribe, M. 2008. El Formativo: ¿progreso o tragedia social? Reflexiones sobre evolución y complejidad social desde Tarapacá (norte de Chile, Andes Centro Sur). En: *Sed non satiatia II, acercamientos sociales en la arqueología latinoamericana*, editado por F. Acuto y A. Zarankin, pp. 303-324. Encuentro Grupo Editor, Córdoba.
- Uribe, M. 2012. El período Formativo, la costa de Tarapacá y nuevas posibilidades para una arqueología social latinoamericana en Chile. En: *Arqueología Social Latinoamericana. De la teoría a la praxis*, editado por H. Tantaleán y M. Aguilar, pp. 307-332. Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes, Bogotá.
- Uribe, M. y L. Adán. 2004. Acerca del dominio Inka, sin miedo, sin vergüenza. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 36:467-480.
- Uribe, M. y L. Adán. 2008. Evolución social a través de la prehistoria tardía de Pica-Tarapacá (Norte Grande de Chile). En: *Puentes hacia el pasado. Reflexiones teóricas en arqueología*, editado por D. Jackson, D. Salazar, A. Troncoso, pp. 147-168. Sociedad Chilena de Arqueología, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Uribe, M., L. Adán y C. Agüero. 2002. El dominio del Inka, identidad local y complejidad social en las tierras altas del Desierto de Atacama, Norte Grande de Chile (1450-1541 DC). *Boletín de Arqueología PUCP* 6:301-336.
- Vargas, I. y M. Sanoja. 1995. La arqueología como ciencia social y su expresión en América Latina. *Revista de Arqueología Americana* 9:141-163.
- Verdesio, G. 2001. Forgotten territorialities: the materiality of indigenous pasts. *Nepantla: Views from South* 2(1):85-114.
- Verdesio, G. 2013. Indigeneity and time: towards a decolonization of archaeological temporal categories and tools. En: *Reclaiming archaeology. Beyond the tropes of Modernity*, editado por G. González-Ruibal, pp. 168-180. Routledge.
- Webmoor, T., Witmore, C. 2008. Things are us! A commentary on human/things relations under the banner of a "social" archaeology. *Norwegian Archaeological Review* 41(1):53-70.
- Witmore, C. 2006. Vision, media, noise and the percolation of time. Symmetrical approaches to the mediation of the material world. *Journal of Material Culture* 11(3):267-292.
- Witmore, C. 2014. Archaeology and the new materialisms. *Journal of Contemporary Archaeology* 1(2):1-44.
- Zammito, J. 2004. Koselleck's philosophy of historical time (s) and the practice of history. *History and Theory* 43:124-135.